La excusa perfecta

Carlos LARRINAGA

Historiador y Profesor Titular de Universidad

Pocas horas después de mi visita a Hebrón, una de las ciudades donde mejor se puede palpar el conflicto palestino-israelí, comparecen en rueda de prensa sendos delegados de Hamás y Al Fatah para anunciar el acuerdo suscrito la noche del 22 de abril en Gaza entre ambas formaciones políticas. Lo cierto es que llevaban varias semanas negociando, lo que quiere decir que el entendimiento no ha sido fácil, ya que las diferencias entre ambos partidos es notable y, de hecho, ésta no es la primera vez que llegan a un convenio de este tipo, aunque las negociaciones de reconciliación de El Cairo y Doha de 2011 y 2012, respectivamente, no cuajaron. En realidad, las relaciones entre Hamás y Al Fatah han sido turbulentas desde la muerte de Arafat en noviembre de 2004, empeorando aún más desde junio de 2007, cuando la formación islamista expulsó de suelo gazatí al partido del presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Mahmud Abás, tras varios meses de enfrentamientos. A partir de ese momento, los primeros se han hecho fuertes en la Franja de Gaza y los segundos en Cisjordania, pudiendo hablar de dos gobiernos de facto. Por supuesto, la inexistencia de una continuidad territorial entre ambas demarcaciones ha contribuido no poco a esta anómala situación.

El compromiso que ahora se nos anuncia se centra fundamentalmente en dos aspectos. Primero, en la formación de un nuevo gobierno en el plazo de unas cinco semanas, en el que entrarían a formar parte del mismo miembros de Hamás. Y segundo, la convocatoria de elecciones para previsiblemente primeros de enero de 2015. En este sentido, cabe recordar que las últimas elecciones legislativas en Palestina se produjeron en 2006, teniendo como claro vencedor al partido islamista. Por su parte, Mahmud Abás fue elegido presidente de la ANP en enero 2005. Desde luego, parece que ya es hora de dar la palabra a los palestinos para que se pronuncien en las urnas, toda vez que desde esos años las cosas han cambiado sustancialmente en la región. Primero, la desconexión de Gaza por parte de Israel (agosto de 2005) ha dejado manos libres a Hamás para actuar en la Franja, sin que se haya conseguido mejorar la situación de la zona. Segundo, el gobierno de Abás tampoco ha corrido mejor suerte en Cisjordania, donde la frustración de la población es palpable: amplias tasas de desempleo, corrupción y una economía maltrecha, por no citar las constantes humillaciones por las fuerzas israelíes. Y tercero, en toda esta situación de desesperanza Israel juega un papel determinante, que, con la construcción del muro de la vergüenza y su política de apartheid, no hace sino complicar aún más las cosas.

Dicho esto, el acuerdo entre ambos partidos ha tenido lugar en pleno proceso de negociaciones de paz entre la Autoridad Nacional Palestina e Israel, bajo los auspicios de John Kerry. Un proceso completamente estancado y que tiene sus días contados, 29 de abril, para exasperación del secretario de Estado norteamericano, que ha visto cómo uno de los pilares básicos de la política exterior de Obama ha quedado en agua de borrajas. En verdad, de poco han servido sus apremios ante el presidente Netanyahu, quien no está dispuesto a ceder un ápice en cuestiones consideradas básicas para la viabilidad del Estado palestino. A saber, fronteras estables, fin de los asentamientos, detención de la explotación de recursos, situación de los refugiados, control de las exportaciones, estatus de Jerusalén, etc. Por consiguiente, esta reconciliación entre las dos grandes formaciones palestinas supone, caso de llevarse a cabo en sus términos, una importante oportunidad de unión intra-palestina. Algo a lo que el gobierno israelí no está dispuesto y así se ha apresurado a comunicarlo nada más conocer el acuerdo. O

Mahmud Abás está con Hamás, es decir, apoyando a una banda terrorista, o está con el proceso de paz. Pero la pregunta es: ¿con qué proceso de paz, si éste es inexistente?

No nos engañemos. El acuerdo entre Hamás y Al Fatah es la excusa perfecta esgrimida por Israel para poner fin a un proceso de paz agotado. Como se viene demostrando desde que se puso en marcha, el ejecutivo de Netanyahu no ha mostrado ningún interés en el mismo. La suspensión de la reunión prevista para hoy, 24 de abril, tras conocerse la noticia, es una prueba más de ello. No hay voluntad alguna por parte de las autoridades israelíes de hacer concesiones a la ANP, por lo que su táctica ha sido en todo momento la de prolongar el proceso sin hacer cesiones y dejar que éste se pudra, al considerar amortizada la Administración de Obama, ya en su segundo mandato y, por consiguiente, sin posibilidad de poder ser reelegido. Israel ha sabido capear muy bien el temporal de la presión ejercida por Kerry a la espera de que un posible gobierno del Partido Republicano se muestre más comprensivo aún con sus intereses y su sempiterna seguridad. Es por ello que el mencionado pacto entre Hamás y Al Fatah le venga de perlas a Netanyahu para argumentar una vez más, como hiciera en 2012, que Mahmud Abás se aleja del proceso de paz para acercarse al terrorismo de los islamistas. Y así, una vez más, vuelta a empezar.

24 de abril de 2014